

Comentarios

Balance de la situación militar (enero 1988-febrero 1989)

El año 1988 fue decisivo para el desarrollo y crecimiento de las estructuras orgánicas del FMLN. La coyuntura militar que se ha venido entretejiendo tras estos doce meses es la resultante de un considerable esfuerzo militar de las fuerzas guerrilleras y de un gran trabajo político de sus cuadros, en zonas hasta hoy poco activas militarmente. La Fuerza Armada también ha tenido sus logros; tanto en lo que respecta a las dimensiones y resultados de sus operaciones contrainsurgentes, como a la cualificación de sus estructuras organizativas.

El FMLN ha seguido dando muestras de lo lejos que se encuentra de ser derrotado por la tropas gubernamentales. En general el FMLN ha consolidado sus estructuras orgánicas y sus readecuaciones estratégicas iniciadas en 1984 han comenzado a mostrar resultados. Prueba de ello es la ampliación de los teatros de operaciones, la reanudación de las acciones en occidente y en la capital y la efectividad de los paros al transporte en áreas hasta hace poco no afectadas sensiblemente. El FMLN se encuentra operando ahora en los catorce departamentos del país, su trabajo político le ha posibilitado extender el escenario de la guerra y consolidar, o al menos activar, las

estructuras militares en la zona occidental y en el área urbana.

En 1988, el FMLN impulsó operaciones de considerable intensidad en todas las zonas de guerra, implementó una de las más fuertes campañas de sabotaje en lo que va del conflicto y lanzó una ofensiva político militar de grandes dimensiones.

Aunque los últimos meses del año no fueron favorables a la Fuerza Armada, a lo largo del mismo ésta perfeccionó su modalidad operativa de movilización permanente con pequeñas unidades, creó nuevas unidades especializadas en contrainsurgencia, como los denominados "Comandos Monterrosa," y consolidó el centro del poder militar, con el ascenso de los oficiales pertenecientes a la promoción conocida como "La Tandoná" a los puestos de mando de las guarniciones más estratégicas del país.

En fin, el año recién pasado ha sido un año más para la guerra. Las partes en conflicto han acumulado mayor experiencia y su capacidad para prolongar la guerra es, probablemente, mucho mayor que cuando ésta se inició. Al menos esto parece desprenderse de un diagnóstico de la dinámica militar durante

1988.

La Fuerza Armada inauguró el año haciendo serios esfuerzos para hacerse con la iniciativa de la guerra. Para ello lanzó dos nuevos operativos contrainsurgentes denominados "Plan Kilovatio" y "Fénix 14" y reforzó los ya montados, comprometiendo en ellos a no menos del 70 por ciento de sus fuerzas. Así, sus tropas saturaron extensas áreas neurálgicas para el desarrollo de la guerra y sus resultados, si bien en términos de bajas no fueron significativos, dificultaron considerablemente las movilizaciones guerrilleras en todas sus zonas de influencia y expansión, incluyendo las localizadas en la zona occidental del país.

Por su parte, en los primeros seis meses del año, las fuerzas rebeldes limitaron su actividad a acciones pequeñas y medianas, centradas en el sabotaje a la agroindustria, el tendido eléctrico y las oficinas públicas; tratando así de menguar la presión castrense y de llevar adelante su anunciado boicot al proceso electoral, especialmente en aquellas zonas consideradas bajo su control.

Esta dinámica se mantuvo hasta mediados de febrero, cuando, pese al amplio despliegue castrense, el FMLN operativizó una maniobra regional cuyo objetivo central lo constituyó un ataque contra la Sexta Brigada de Infantería en Usulután, y contra objetivos militares y económicos en Usulután, San Miguel, Morazán, Cabañas y Cuscatlán. Al parecer este ataque tomó por sorpresa al ejército. Cinco días más tarde, el FMLN decretó el primer paro nacional del transporte terrestre. Entre el 22 y el 24 de febrero el transporte público y comercial se mantuvo prácticamente paralizado en todo el país. Este paro estuvo acompañado de una multiplicación de las acciones de sabotaje y de las operaciones urbanas y suburbanas en la capital y en la zona occidental. Ante ello, la Fuerza Armada se vio obligada a desmovilizar a buena parte de sus efectivos para dedicarlos a patrullar la capital y las tres carreteras más importantes del país.

A comienzos de marzo, ambas partes en conflicto hicieron esfuerzos para realizar sus respectivos objetivos coyunturales, multiplicando sus operaciones a todos los niveles y en todo el territorio nacional. Desde principios del mes, la dinámica militar tendió a acentuar e intensificar la cualidad y extensión de las operaciones urbanas y suburbanas, dirigidas a asegurar o a boicotear, según el caso, el desarrollo del proceso electoral del 20 de marzo. Estas operaciones crearon un tenso clima de guerra en el cual se llevaron a cabo los comicios. De este modo, la dinámica general de la guerra giró alrededor de las elecciones en el mes de marzo. Después de las elecciones, las operaciones militares de ambas partes disminuyeron relativamente su intensidad.

En abril, la actividad militar experimentó una serie de variantes, especialmente en orden a las modalidades tácticas implementadas en el operar guerrillero. El FMLN aumentó su actividad en el nivel de ataques pequeños y medianos contra guarniciones militares, intensificó el sabotaje en algunas zonas y reanudó con más fuerza la actividad de la guerrilla urbana. Por su lado, la Fuerza Armada inauguró la operación "Perquín II" en el oriente del país y dio un impulso mayor a la operación "Héroes de El Paraíso," en Chalatenango. Con ello, la guerra aumentó en todas sus dimensiones.

Mayo fue inaugurado con un nuevo paro guerrillero del transporte, muy probablemente para modificar la correlación de fuerzas desfavorable al FMLN a causa de las acciones y desplazamientos de la Fuerza Armada. Aunque no en las dimensiones proclamadas enfáticamente por los mandos militares, el ejército logró, disminuyendo el contingente dedicado a tareas de seguridad, dar continuidad a sus operaciones en las zonas de influencia rebelde.

Las características del quehacer militar en mayo hicieron de éste un mes representativo para calibrar la realidad de la guerra y sus efectos. Con el ataque a la Central Hidroeléctrica 5 de Noviembre y la campaña

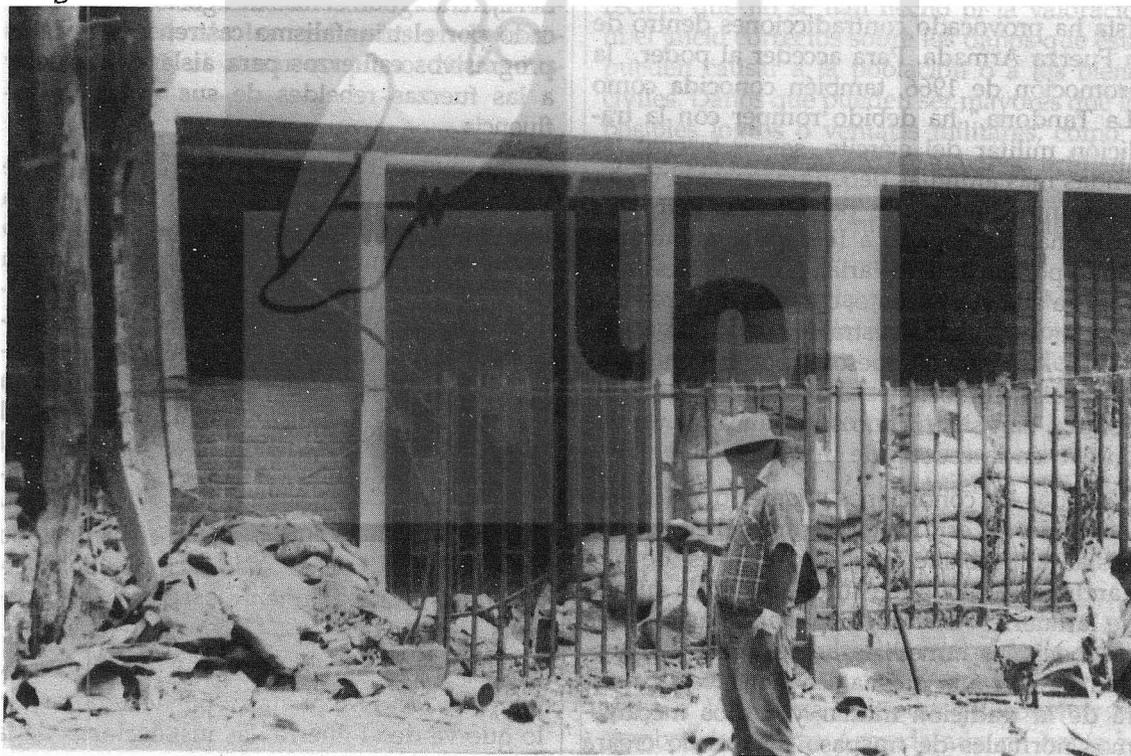
de sabotaje que lo antecedió, acompañó y sucedió, los efectos del mismo se hicieron sentir con toda su fuerza al producir una profunda crisis energética en todo el país, obligando a un rígido racionamiento de la energía eléctrica. Con ello, durante este período, el sabotaje se convirtió en el arma central del operar guerrillero.

Quizas lo más importante de estas acciones del FMLN y sus consecuencias es que ellas permiten comprender mejor el tremendo valor estratégico del sabotaje como un arma en una guerra de desgaste, mostrando así su legitimidad. Y es que en toda guerra la estructura económica, por ser una base de sustentación del enemigo, se constituye en un objetivo militar. Ello queda fuera de toda discusión. De esta suerte durante todo el año, pero especialmente durante los meses de mayo, junio y julio, el FMLN desarrolló un fuerte, permanente y sistemático sabotaje contra los renglones estratégicos de la economía: energía eléctrica, carreteras, vías férreas, co-

municación, cultivos de exportación, etc. En 1988, el FMLN destruyó un total de 1,367 estructuras del tendido eléctrico, 22 alcaldías, 31 oficinas de ANTEL, 44 cajas telefónicas, 2 oficinas de correos, 3 juzgados, 93 vehículos, 25 máquinas de ferrocarril y 4 puentes. Por su lado, Radio Venceremos aseguró haber destruido 2,168 estructuras eléctricas, 36 alcaldías, 53 oficinas de ANTEL, 28 máquinas de ferrocarril y 6 puentes.

Después del ataque a la presa 5 de Noviembre, el ejército reforzó y extendió los teatros de sus operaciones, logrando retomar la iniciativa táctica de la guerra la cual había tenido durante el primer mes y medio del año. Esta nueva e importante iniciativa castrense, aunque con algunos tropiezos, se prolongó durante casi tres meses.

En junio, la guerra no experimentó mayor modificación en su dinámica. El FMLN mantuvo sin interrupción su campaña de sabotaje contra el tendido eléctrico y elevó el nivel



de sus acciones en occidente y en las ciudades más importantes, pero ello no fue suficiente para revertir a su favor la coyuntura militar. Lo único que, en alguna medida, modificó el ritmo de las operaciones militares fue el inicio de la época lluviosa.

El segundo semestre del año ha sido decisivo en la configuración y modificación del escenario militar, de cara a las perspectivas reales de la guerra. En julio, la Fuerza Armada cambió su cúpula de una manera no rutinaria ni tradicional. Este proceso de reemplazo se consolidó en noviembre con el nombramiento del coronel René Emilio Ponce, como jefe del estado mayor. Estos cambios son importantes para la marcha de la guerra porque han permitido que los militares que menos simpatizan con la estrategia de conflictos de baja intensidad, impuesta por los norteamericanos como línea fundamental, hayan accedido al control y mando de las estructuras militares. El acceso a la cúpula del poder militar de este sector de tendencia militarista ha provocado contradicciones dentro de la Fuerza Armada. Para acceder al poder, la promoción de 1966, también conocida como "La Tandoná," ha debido romper con la tradición militar del ejército, según la cual las tandas más antiguas deben traspasar el poder a las inmediatamente posteriores. Pero, "La Tandoná" ha llegado a la cúpula militar pasando por encima de varias promociones anteriores a ella y, por tanto, con mayor derecho a ocupar los lugares estratégicos de la institución. Así, para el grueso de por lo menos cinco o seis promociones, los cambios militares de julio han significado su estancamiento definitivo en la cadena de mandos.

Dadas las condiciones mismas de la guerra y el poder de este sector dentro del ejército, es bastante probable que los oficiales de "La Tandoná" prolonguen su estada en la cúpula de la Fuerza Armada, impidiendo así que las promociones inmediatamente inferiores puedan acceder a la misma. En suma, esta ruptura de la tradición militar y de los mecanismos normales de traspaso de mando crearán

conflictos y provocará contradicciones importantes, aunque no irresolubles, dentro de la oficialidad.

A mediados del mes, el FMLN implementó el cuarto paro del transporte para protestar contra el incremento de la represión gubernamental y aumentó sus acciones en San Salvador. Mientras tanto, la Fuerza Armada inauguró la operación "Perquín II," en el norte de Morazán, y lanzó otros operativos en el norte, centro y occidente del país.

Un mes después de haber asumido sus puestos, los nuevos mandos entraron en un período de elevado triunfalismo al punto de asegurar que el FMLN había dejado de representar un peligro militar. Así, animada por sus propias valoraciones, la Fuerza Armada se embarcó en nuevos esfuerzos para, según ella, erradicar la actividad guerrillera de algunas zonas. El descenso bastante notable y prolongado de las actividades de las columnas guerrilleras parecía dar credibilidad al análisis del ejército. Todo el mes de agosto estuvo marcado por el triunfalismo castrense y por sus progresivos esfuerzos para aislar y desalojar a las fuerzas rebeldes de sus zonas de influencia.

En septiembre, el FMLN marcó el inicio de una nueva etapa de acciones ofensivas. Con las maniobras militares que tuvieron como centro el ataque contra las posiciones de la Guardia Nacional en Tejutepeque, los rebeldes inauguraron una de las ofensivas militares más importantes de la guerra. Las maniobras militares regionales se multiplicaron y se constituyeron en el elemento fundamental de la operatividad insurgente. Así, el FMLN no sólo revirtió efectivamente la ya prolongada y aparentemente desfavorable coyuntura militar, sino que desvirtuó en el campo de batalla las erradas valoraciones del ejército que precipitadamente aseguraron su derrota estratégica.

Dos semanas después del ataque a Tejutepeque, el FMLN atacó, por tercera vez en lo que va de la guerra, las instalaciones de la

Cuarta Brigada de Infantería; unos días más tarde decretó el quinto paro del transporte y a éste le siguieron operaciones regulares en Morazán, San Vicente, Chalatenango y el norte de San Salvador.

En octubre, la dinámica no cambió en lo fundamental. El FMLN atacó posiciones militares en al menos 17 poblaciones del país, se registraron numerosos combates de encuentro y no menos de 8 atentados dinamiteros en la capital y su periferia. El hecho más significativo lo constituyeron los ataques del FMLN en las poblaciones del occidente del país, hasta entonces al margen de la guerra.

Ante el incremento de las acciones urbanas del FMLN, la Fuerza Armada desplegó un riguroso dispositivo de seguridad, el cual ha sido intensificado aún más durante los dos primeros meses del presente año. Sin embargo, la operación castrense no evitó que los comandos urbanos ejecutaran, a comienzos noviembre, lo que puede denominarse su primera acción de carácter estratégico en la capital, después de las realizadas en la ofensiva de 1981, al atacar en pleno día las ins-



talaciones del cuartel general de la Guardia Nacional, ubicado en el nororiente de la capital y a escasa distancia de otros cuatro cuarteles importantes. Con este ataque ha dado comienzo una nueva etapa en el actividad urbana del FMLN, posibilitada por su desarrollo orgánico. Luego siguieron los ataques contra la Fuerza Aérea y el Estado Mayor Conjunto, en la última semana de diciembre, y contra los cuarteles centrales de la Policía de Hacienda, Policía Nacional y Primera Brigada de Infantería, en enero y febrero del presente año. Estos ataques están haciendo de la capital un importante frente de guerra.

Esta nueva actividad urbana del FMLN ha despertado preocupaciones por sus características. En efecto, algunas acciones urbanas son objetables por no estar dirigidas contra objetivos militares y que, por lo tanto, han puesto en peligro la vida de civiles. Pero no sólo ellas, pues también en algunas operaciones dirigidas contra objetivos militares pareciera que no se han hecho ni la valoración ni el juicio correctos sobre los daños que éstas pueden causar a la población o a los bienes civiles. Daños que pueden ser mayores que los posibles logros o ventajas militares, como el ataque con plataformas móviles artilladas llevado a cabo en la tercera semana de febrero de éste año contra el cuartel de la Primera Brigada de Infantería.

Para la estrategia general del FMLN de llevar la guerra a la ciudad, estas operaciones se ubican dentro de una línea de desestabilización, y, en este sentido, los objetivos no son estrictamente militares. Ello hace del problema un asunto puramente de estrategia político militar, y así lo entiende el FMLN. Sin embargo, el problema de costos no puede ser obviado, e incluso puede llegar a ser nocivo para la misma estrategia del FMLN.

En cualquier caso, las actividades del FMLN, con las cuales ha retomado la iniciativa militar, parecen haber tomado por sorpresa a la Fuerza Armada. Al concluir diciembre, la Fuerza Armada aún no había re-

cuperado la iniciativa perdida. Dadas la correlación de fuerzas y las declaraciones de los jefes castrenses y de los mandos rebeldes, todo apuntaba a la profundización de las acciones militares en los primeros meses de 1989.

Las estadísticas sobre los resultados de la actividad militar en 1988 dan una idea, no sólo de la intensidad de la guerra, sino también de sus costos humanos y materiales. Según el recuento de los informes proporcionados por el COPREFA, la guerra ocasionó un total de 1,691 bajas al FMLN a lo largo del año; sin embargo, según un balance dado por el coronel Ponce, jefe del estado mayor, estas habrían sido 2,187. Según datos similares proporcionados por el FMLN, la Fuerza Armada habría sufrido 7,230 bajas, de las cuales casi un 45 por ciento habrían ocurrido en los últimos cuatro meses del año. Por su lado Radio Venceremos en su informe anual aseguró que las bajas causadas a la Fuerza Armada fueron 7,932. Con este panorama de intensificación de las operaciones militares, y a las puertas de una nueva campaña electoral presidencial, entramos a un nuevo año que podría convertirse en decisivo para la conclusión del conflicto.

En el mes de enero de 1989, el FMLN aumentó sus acciones militares en la ciudad capital, creando un tenso clima de guerra. En febrero atacó tres importantes guarniciones castrenses en San Salvador; mientras la Fuerza Armada realizó maniobras militares en las zonas norte, oriental y paracentral del país. En enero las acciones más significativas del FMLN en términos estrictamente militares ocurrieron en la zona norte del país; aunque cuantitativamente la zona oriental se constituyó en el escenario principal. Por su lado, el ejército hizo amplias movilizaciones de tropas en la zona oriental y norte en respuesta a la posible generalización de acciones estratégicas del FMLN, e intensificó y extendió su ya rígido plan de seguridad en la capital. Nada de esto impidió al FMLN multiplicar sus acciones urbanas, e incluso atacar

el cuartel de la Policía de Hacienda en el suroccidente de la capital.

Febrero ha venido a ser una continuación de la dinámica ya iniciada en enero. La tensión militar se ha profundizado y las operaciones militares de ambas partes parecen haberse incrementado en algunas zonas. Las medidas de seguridad en la capital no sólo continúan vigentes, sino que han sido incrementadas; los amplios desplazamientos de tropas fueron extendidos a la zona paracentral y un fuerte operativo con la participación de más de tres mil efectivos fue lanzado en el norte de Torola, en Morazán. Por su lado, el FMLN profundizó su campaña de sabotaje contra el sistema eléctrico, continuó hostigando los destacamentos militares en el interior del país y atacó los cuarteles de la Primera Brigada, la Policía Nacional y un batallón de este cuerpo de seguridad en la capital.

Durante estos dos primeros meses del año, pese a lo que arguyen los jefes castrenses en el sentido de que los planes estratégicos y las estructuras organizativas del FMLN se encuentran desarticulados, el ejército ha estado a la expectativa y temiendo un posible estallido insurreccional que los mandos rebeldes han estado anunciando desde hace algún tiempo. El generalizado despliegue de tropas en al menos tres zonas del país y la descomunal presencia militar en las calles de la capital responde, y así lo han aceptado los jefes castrenses, a la necesidad de contrarrestar la posible generalización de las acciones estratégicas de los rebeldes, en estos primeros meses de año.

Sin embargo, lo más importante y significativo de estos dos primeros meses lo ha constituido la nueva propuesta guerrillera encaminada a hacer de las próximas elecciones un instrumento para la paz. En medio de lo que eran las expectativas y los temores sobre la posible apertura de una nueva etapa de la guerra, caracterizada por mayores niveles de enfrentamiento armado, el FMLN ha

hecho una nueva propuesta política que podría ser definitiva para la conclusión del conflicto. Hasta el momento la casi totalidad de las fuerzas políticas y sociales han respondido positivamente, sólo el ejército se ha cerrado rechazando casi frontalmente la propuesta. Al parecer, para la cúpula militar de la Fuerza Armada nueve años de guerra no han sido suficientes para percatarse de la in-

viabilidad de una solución militar; pero, aún peor, esos años no le han sido suficientes para acercarse al verdadero sentir de la mayoría de la población, y mucho menos para asumir como un compromiso sus necesidades y exigencias.

C. G. R.

